

en relación; gentes que se dicen espirituales, pero que no tienen espíritu. No faltan gentes de espíritu, pero de espíritu muy imperfecto. He aquí los librepensadores que, en su ciego fanatismo, se golpean la cabeza contra la pared cuando ven un crucifijo; he aquí los espíritus fuertes; toda su fuerza se reduce á aplastar lo que es débil y manchar lo que es puro. Por otra parte, he aquí esas personas de buen tono que no saben hacer otra cosa que dorar el vicio y extraer de lo bello miel envenenada. He aquí tres clases de espíritus, cuyo predominio indica siempre la ruina y disolución próxima de la civilización.

A estas tres clases de espíritus, podemos añadir otra que con razón se debe mirar con desconfianza; tal es la clase de personas espirituales. Si éstas se ponen de moda y son objeto de una consideración particular, desde el punto de vista de la civilización ejercen la misma influencia sobre la degeneración de un pueblo, que el uso del alcohol en estado de epidemia. Lo que les da todo el atractivo y todo el encanto embriagador, es exactamente algo de análogo á lo que se desprende de la podredumbre de un cementerio, ó de los lugares en que se arrojan las inmundicias. El predominio de la manía de aparentar ser persona de espíritu es una señal de descomposición de la civilización. Los últimos tiempos de la Grecia de Pericles, tan fecundos en filósofos y cortesanos, y cuyos bellos términos nos han conservado Diógenes Laercio y Ateneo; la deificación en estilo grandioso de los vicios más abominables, en el período de esplendor de los humanistas; las agudezas y los juegos de palabras deslumbradores de los salones franceses y las *sociedades literarias* que se fundaron en los reinados de Luís XIV y Luís XV; los clubs infernales ingleses á partir de Carlos II; la vida de la alta sociedad, y la conducta de la literatura que hoy da el tono, todo esto prueba desgraciada y más que suficientemente esta triste verdad.

Para probar que el espíritu y la manía de pasar por personas ilustradas apenas tienen nada de común, pueden

servir la mayoría de los ejemplos que acabamos de citar. Estudiándolos á fondo, se puede afirmar con toda seguridad de conciencia que cuanto más quieren pasar por personas de espíritu, menos espíritu tienen, que cuanto más brillante aparece su exterior, más superficial es. Estas gentes espirituales pasan sobre las dificultades como el gallo sobre el carbón ardiendo. Las pruebas no les causan mayor embarazo que el cordero al lobo; pero si se trata de ofrecer ideas deslumbradoras, salidas paradójicas, y de deshacerse súbitamente y con audacia de un adversario honrado, entonces las encuentran inmediatamente. Es triste que haya personas de esta índole; pero lo que es insoportable, es ver de qué manera se ganan la opinión general. Evitan el encuentro del hombre serio y le llaman pedante fastidioso; colman de gloria y de empleos al hombre de espíritu agudo, aun cuando sus palabras y sus obras sufran las mismas consecuencias que la manteca expuesta al sol, signo característico de que lo serio y lo profundo se han alejado de nosotros, y de que la viveza y la temeridad tienen más peso que la profundidad y la disciplina.

Así es como nos corrompemos los unos á los otros, y nos dejamos corromper á nuestra vez. ¿Por qué hemos de querer mal á alguien por su superficialidad, si sabe que se hará notar más por las personas que le rodean con una apariencia fastuosa que con todo el trabajo que se tome en adquirir la verdad? ¿Y cómo seremos mejores nosotros mismos, si no transformamos por completo nuestras opiniones sobre las modas y toda nuestra conducta? De aquí que no debemos cansarnos de repetir: Lejos de nosotros esta predilección por los juegos de espíritu, á fin de que éste reviva de nuevo en nosotros.

El hombre espiritual se asemeja á menudo á los vinos espumosos artificiales, los cuales cuanto más flojos son, mayor acogida tienen. Lo que les da el encanto, no es la fuerza, sino el espíritu que se escapa y evapora. El hombre de verdadero espíritu no hace hablar tanto de él como el hombre espiritual. Hace mucho tiempo ya que ha ter-

minado su fermentación, que se ha clarificado, que se ha calmado; pero hay en él tal fuego y tal fuerza, que sólo un pequeño número de personas puede apreciar. Su verdadero contenido sobrepuja cien veces al brillo externo. Los que no saben apreciarlo, toman la mercancía ligera que conviene mejor á su superficialidad y á su glotonería, sin preocuparse de si echan ó no á perder de este modo su estómago y su sangre. Pero el verdadero inteligente, por poco que lo haya gustado, conoce bien el tesoro que ha encontrado.

6. Sólo hay inteligencia en el Cristianismo.—De este modo queda demostrada la razón por la cual el espíritu cristiano goza de tan poco prestigio en el mundo. Allí donde el pueblo vulgar va al mercado, no se paga en su justo valor la grandeza, la gravedad, la profundidad, la interioridad, lo misterioso, el espíritu y la vida. No sólo no toca estas mercancías, pero ni siquiera habla de ellas. El mundo no obra de completa conformidad con el espíritu que el Cristianismo ha introducido en la tierra. Sin duda no le ama, no hace ningún caso de él; pero tampoco puede dejarle obrar tranquilamente, señal de que tampoco el mundo está tranquilo. Este espíritu le es desconocido é incomprensible, y, sin embargo, le inspira una especie de temor respetuoso. Está enfadado con él, y, á pesar de esto, ha de estarle sometido. No puede menos de odiarle, pero le es imposible prescindir completamente de él ó despreciarlo.

Tenemos en esto, por boca de los mismos adversarios del Cristianismo, una prueba irrecusable de que en él hay un espíritu que vive y obra, espíritu que nada tiene de común con el espíritu del mundo, pero que le inspira temor por su superioridad; un espíritu, pues, en toda la extensión de la palabra.

Centenares de veces se vió esto en los tiempos primitivos de nuestra fe. Los milagros que San Esteban hacía importunaban poco á sus enemigos, pero otra cosa ocurría con la gracia y fuerza que manifestaban sus palabras. Le

miraban entonces con verdadera ansiedad; les parecía que su rostro resplandecía como el de un ángel; se sentían incapaces de resistir al espíritu que hablaba por él; ⁽¹⁾ estaban furiosos y rechinaban los dientes contra él; ⁽²⁾ pero les era imposible desvirtuar ó negar el espíritu cuya fuerza había vencido á todos.

En Atenas, los filósofos creían haber encontrado en San Pablo un hombre sobre el que podían hacer sentir la fuerza de su espíritu para humillarle. Pero apenas el soplo del espíritu que salía de su boca hubo pasado sobre ellos, cuando huyeron precipitadamente, muy dichosos de haber escapado sin haberse visto obligados á declararse vencidos. «Está bien, otra vez te escucharemos»—dijeron.—Y nunca más entraron en discusión con él. ⁽³⁾

Lo mismo le sucedió al gobernador Félix, quien probablemente miraba ya como un descrédito de su autoridad el dignarse echar una simple mirada sobre aquel judío entusiasta. Estaba sentado en su tribunal, revestido de todo el poder del *Imperium* romano y rodeado de sus oficiales y soldados. Seguramente, no tenía nada que temer; al contrario, tenía motivos para no dar pruebas de flaqueza delante de aquel acusado, pues había tenido que tratar ya otras veces con personas de otra índole. Pero apenas hubo oído pronunciar algunas palabras á San Pablo, que estaba ante él cargado de cadenas, cuando empezó á temblar como un azogado. «Vete;—le dijo,—continuaré tu interrogatorio en momento más oportuno.» ⁽⁴⁾ Pero lo que no podía soportar, era el peso abrumador del nuevo espíritu que salía de la boca de aquel hombre encadenado, débil, pequeño.

¡Cuántas veces, desde entonces, esta escena se ha renovado en la historia! Ved esas débiles criaturas sin defensa, cargadas de cadenas, rodeadas de hombres armados, en

(1) Act. Ap., VI, 8, 15, 10.

(2) *Ibid.*, VII, 54.

(3) *Ibid.*, XVII, 32.

(4) *Ibid.*, XXIV, 25.

presencia de gobernadores cuyo esplendor las deslumbraba, cuya palabra podía aplastarlas, y cuya instrucción y experiencia tan superior les era. Es Inés, niña de trece años, es la esclava Blandina, de quince años, tan delicada y débil, que sus mismas compañeras de sufrimientos no la creían capaz de sostener la lucha; ⁽¹⁾ es Agueda, Lucía, Potaminena y otras muchas. Resisten con tanta energía al miedo, á los placeres y promesas del mundo, que los jueces, que á menudo hubieran querido salvarles la vida, no veían otro medio de salir del paso, que el de enviarlas prontamente á la muerte, para ocultar su derrota á los ojos de aquellas niñas, cuyo espíritu los dominaba por completo.

¿Por qué hacían cuanto era imaginable, y á menudo contra el derecho y la ley, para conservar á estas esclavas, á estas jóvenes, cuya muerte ó cuya vida nada importaba al mundo, una vida, por cuya conservación no hubieran pronunciado ellas la más mínima palabra? Porque sentían que había en ellas un espíritu contenido en un vaso frágil, y que romper este vaso, era un crimen imperdonable. ¿Por qué desplegaban contra ellas tanta rabia y tanta crueldad, á las cuales no les autorizaba ninguna ley por bárbara que fuese? No conocían ellos el poder que tan grande influencia ejercía sobre ellas. Admitían que las víctimas del odio general eran inocentes, y no podían menos de admirarlas y respetarlas. Pero precisamente esta era la razón de que su muerte fuese inevitable. Ellos y el mundo entero en que vivían, los dioses por los cuales combatían, los emperadores con sus ejércitos, bajo la protección de los cuales hacían justicia, sus sacerdotes y sus filósofos, bajo la influencia de los cuales pronunciaban sus juicios, todo lo que hasta entonces habían aprendido á conocer, les parecía tan pobre, tan nulo, en presencia del espíritu que brillaba en aquellas débiles criaturas, que se veían en la imposibilidad de obrar de otro modo. No, ciertamente no era el odio el que ponía en sus labios la

(1) Eusebius, *H. eccl.*, 5, 2.

orden de ejecutar aquellas torturas inhumanas, y, finalmente, la sentencia de muerte, sino que era una envidia que no querían confesar, un miedo que confesaban públicamente, la confesión, pronunciada en alta voz, de que, en aquellas naturalezas mortales, precederas, vivía un espíritu, con el cual el mundo, tal como existió hasta entonces, no podría sostener la comparación.

7. Un nuevo mundo y un nuevo hombre sólo se obtienen por un nuevo espíritu.—Por esto es por lo que el Cristianismo ha triunfado en esta lucha, y triunfará en toda otra análoga. Que venza al adversario exteriormente, ó sucumba á sus golpes, importa poco aquí. En todo caso se muestra superior á ese enemigo por una cosa que éste no posee, pero por la cual, en su cólera, rinde testimonio á la religión perseguida, es decir, por el espíritu. Tal es la razón por la cual el Cristianismo ha realizado la empresa, temeraria en apariencia, de formar una nueva humanidad, ya que ha tratado de crearla por medio de un nuevo espíritu. «¿De qué nos serviría, dice Séneca, que otra generación, pura é inocente, apareciese en la escena del mundo? ¡Ah, qué pronto perdería su inocencia, qué pronto se abandonaría al pecado, si no fuera una generación de hombres nuevos!» ⁽¹⁾ Es verdad; si no es posible formar hombres nuevos de todas condiciones, no vale la pena de gastar tiempo, cuidados y sacrificios para ennoblecer una generación en decadencia. Una formación incompleta ó superficial es á menudo más peligrosa que la más grosera barbarie, ó, por lo menos, sin influencia y duración. Han traído salvajes á nuestras capitales, y les han inculcado con gran solicitud nuestra educación; han confundido estos salvajes, con sus notables progresos, á sus condiscípulos europeos, y aun á los mismos sabios que atribuían á estos bárbaros disposiciones intelectuales inferiores á las que los europeos tienen ordinariamente. Pero una vez eximidos de la disciplina, arrojaban lejos de sí los vestidos europeos y todo ese baturrillo de ciencia que les

(1) Seneca, *Quest. natur.*, 3, 30.

molestaba, y eclipsaban bien pronto á sus compatriotas con una doble barbarie, la que tenían de sí mismos por su nacimiento y la que les habían infundido los vicios del mundo civilizado. Lo que conservaban aun de nuestra civilización externa, era tan ridículo y odioso á sus ojos, que difícilmente hubieran podido hallar otro objeto más digno de desprecio. ⁽¹⁾

Es que se había olvidado que una educación externa, basada por completo en la ciencia, las lenguas, la literatura y las artes, es todo lo más un barníz, un hábito endosado á un anciano, pero no una renovación del hombre, ni mucho menos. No se había comprendido el arte de formar hombres nuevos. Hubiérase debido primeramente probar á inculcarles un espíritu nuevo, viviente y verdadero. Solamente entonces esa ciencia externa, esas maneras distinguidas que se les habían enseñado, habrían caído en tierra cultivada, y hubieran producido frutos más abundantes y duraderos.

Es, pues, evidente que un pulimento puramente externo no cambia al hombre. El pulimento no es la educación. También se pulimenta un trozo de piedra, pero queda como antes, trozo anguloso; se pulimenta el exterior, pero el interior queda grosero como antes. Si de este trozo quieren hacer algo, por poca vida ó expresión que quiera dársele, algo que parezca animado de un espíritu superior, preciso será entonces un trabajo y un arte tales, que, entre cien mil hombres, apenas se encontrará uno solo que quiera encargarse de ello. No tenemos necesidad de ir á los pueblos salvajes para hacer constar la verdad de lo que decimos. Comparaciones análogas pueden hacerse cada día entre nosotros. ¿Pueden cometerse rasgos de barbarie y faltas más repugnantes que las que comete un rico improvisado, que se ha levantado de repente, gracias al

(1) Baker, *Der Albert N Yanza*, deutsch von Martin (3), 200 y sig. Ross Browne, *Reisen und Abenteuer in Apachenlande*, deutsch von Herz (2) 46 y sig., 146. Maltzan, *Reise nach Südarabien*, 10 y sig., 13. Körner, *Südafrika* (2), 261; cf. 243.

favor y á la fortuna, cuando quiere proceder como los grandes, con quienes puede codearse por su riqueza, pero no por la educación, y favorecer las artes y participar de los esfuerzos que se hacen para realzar la poesía y las ciencias? ¿No es casi siempre una desgracia para una joven, el que se convierta, de simple criada, en dueña y señora de la casa? Cambia de vestidos y adquiere cierto brillo aparente externo, pero, en cada pliegue de su vestido, deja ver su torpeza intelectual, y lo que antes no chocaba en ella, salta ahora á los ojos del mundo, que admira su falta de educación, pues una elegancia artificial es siempre desagradable por su afectación y ridiculez.

Ahora bien, precisamente con esto hemos tocado el defecto fundamental de la educación moderna. Este defecto consiste en el exceso de ciencia externa y elegancia superficial, de que se reviste á los niños por modo tan abigarrado y pesado como una aldeana viste á su muñeca.

Pero todo esto no es más que apariencia externa. En el interior, esta pobre criatura, bajo el peso de todo ese oropel, permanece tan inflexible y desprovista de espíritu como la muñeca de que acabamos de hablar. Todo se lo damos á nuestros hijos. Saben tres veces más de lo que les conviene y diez veces más de lo que su salud puede soportar; ejercicios corporales, hasta que caen enfermos, lecciones de calistenia, que permiten á las niñas representar papeles de reina á la edad de diez años, sabiduría de personas ancianas, arte de querer juzgar lo que sabios canas no osarían jamás; pero hay una cosa que olvidamos darles: el espíritu. De aquí que siempre quede todo esto en estado incompleto, de aquí que nunca forme un todo homogéneo; nada se unirá á ellos de una manera duradera y mucho menos los penetrará.

No, jamás se llegará á formar hombres valiéndose de semejantes medios. Distribuid millares de ejemplares de Lessing, de Schiller y de Goethe, más que de Biblias distribuyen las sociedades bíblicas; poned un teatro en cada aldea, organizad bailes de niños y de bomberos, bibliotecas

en todas las granjas. De este modo derrocharéis el dinero miserablemente, perderéis un tiempo irreparable, pero no trabajaréis en bien de la humanidad. ¡Si todo se redujese á esto! Pero el caso es que, con semejantes medios de educación, se corrompe pronto el corazón de la juventud y se deteriora su inteligencia. Entonces se realiza el proverbio: «Al que le saltan los ojos cuando niño, será ciego toda su vida.»

Se hace sentir más que nunca la necesidad de predicar el primer principio de la vida cristiana, con toda la energía de que uno es capaz. Ahora bien, el principio de que aquí tratamos es éste: «El espíritu vivifica.»⁽¹⁾ El espíritu hace al hombre; el espíritu decide del valor del hombre y de una época. Sólo la nobleza de espíritu merece el nombre de educación. Toda educación, toda civilización, que no empiece por renovar el espíritu y transformar el exterior únicamente por el nuevo espíritu, es una civilización incompleta, aparente, que se marchita con más rapidez que la pasionaria. «Envía tu espíritu—exclama un sabio, en medio de la civilización tan refinada, y, por consiguiente, tan ridícula de la antigüedad;—envía tu espíritu; solamente por él serán creados hombres nuevos, y será posible un mundo nuevo.»⁽²⁾ ¡Bien puede decirse que estas palabras han sido pronunciadas por un sabio! Son las palabras más sublimes y verídicas que ha pronunciado la antigüedad. Es una sabiduría y una verdad, que el Cristianismo ha aceptado como el legado más precioso del mundo antiguo. Que se nos reproche, si se quiere, que, en todas partes donde se nos confía la educación de un alma, no tengamos nada más importante y apremiante que hacer que inculcarle las verdades más sublimes de la fe; seremos los últimos en refutar este reproche. ¡Nadie se justifica de lo que es objeto de su mayor gloria! Aquello que nos imputan como un crimen, es precisamente la causa de nuestro orgullo y de nuestra fuerza. Sí, es verdad, jamás cae uno en nuestras manos,

(1) Joan., VI, 63.

(2) Psalm., CIII, 30.

sin que nuestro primer esfuerzo consista en evitarle una caída completa en las cosas terrenales, y sin que empleemos toda la energía de que somos capaces, para elevarle hasta Aquel que es su origen y su fin.⁽¹⁾ Así obraron desde el principio los doctores cristianos, y esta doctrina perseverará hasta que el Cristianismo tenga derecho á levantar la voz en las cuestiones concernientes á la educación del hombre. No tenemos otra mira respecto de la educación que la de formar buenos ciudadanos, obreros honrados y excelentes madres de familia. En esto no hay la más mínima diferencia entre nosotros y Pestalozzi. Sólo que, entre nosotros, no deben llegar á ser como máquinas que obran puramente por efecto del mecanismo, seres dispuestos á obrar solamente por costumbre, sino hombres que piensen y cristianos convencidos. También nos gusta á nosotros el decoro, pero no damos gran importancia al continente puramente externo, cuando no es expresión natural de un corazón puro. Por lo cual nos ocupamos primeramente de lo principal y pensamos después en lo accesorio. Cuando el espíritu se ha renovado, no es difícil un hombre nuevo externo. Esto ofrecerá siempre un medio excelente para distinguir las ideas profanas de las cristianas. Poned en las manos de un hombre, que piense solamente según los principios del mundo, una ciudad ó una sociedad arruinada, descontenta, sublevada, con la misión de renovarla; lo primero que hará será instituir un tribunal militar, ponerla en estado de sitio y reconcentrar tropas en número considerable. Después, para apaciguar á los descontentos, prescribirá juegos y fiestas, aumentará el número de teatros y facilitará la entrada en ellos, proporcionará trabajo á los obreros, hará construir caminos de hierro, buscará sobre todo hacerse dueño del campo por medio del maestro de escuela, es decir, aumentará la duración de las clases, pondrá mayor número de profesores, introducirá nuevas materias de enseñanza en las escuelas, y, si todo esto no da resultado alguno, ocu-

(1) Origenes, *C. Celsum*, 3, 15, 51, 56.